

El Preclásico en los registros arqueológicos del valle de Ciguateguacán

Vicente Genovez

En el presente artículo, el autor presenta una revisión de los registros arqueológicos en el Valle de Ciguateguacán sin perder la perspectiva histórica y aquellas actividades humanas que han incidido en la existencia o no de dichos registros.

La abundancia de registros gracias a los trabajos realizados después de los Acuerdos de paz, los relatos populares y hallazgos fortuitos de los que muchas personas dan cuenta, son motivos suficientes para futuras investigaciones en la zona.

Hablar de la arqueología de Santa Ana, considerada durante muchos años la segunda ciudad salvadoreña (Figura 1), me resulta un ejercicio inevitablemente nostálgico y casi autobiográfico. Allí, desde corta edad –en alternancia con las márgenes de la cercana Laguna Cuscachapa y la línea férrea en la vecina “Ciudad del Río de Jade”– experimenté esos sentimientos provocativos que supone encontrar tuestos y “piedras de rayo” a flor de tierra; en este caso, en las calles polvorientas de los viejos barrios y la periferia de la urbe santaneca. Esas calles de terracería y aquellos solares baldíos como escenarios para una infancia sesentera entre baladas en español o canciones de Los Beatles y una adolescencia con música disco como “banda sonora”, de “siglo pasado”, típicas de la época; es decir, sin más sobresaltos que eventuales golpes de Estado, la publicidad “azul” de los regímenes militares o la propaganda verde de la oposición, una guerra con Honduras, encerronas por toques de queda, abiertos fraudes electorales y frecuentes manifestaciones populares con desenlaces violentos.

De cualquier manera, el interés particular por la arqueología nacional y mesoamericana germinó y creció en aquel contexto, hasta devenir en lo que soy ahora mismo: un aprendiz de científico social, con la mixtura resultante de escuela foránea y el ejercicio profesional dentro del país y la región. Una expe-

riencia por la que debo agradecer a mis maestras y maestros, compañeras y compañeros colegas en Guatemala y El Salvador, con quienes he tenido el privilegio de hurgar la tierra e imaginar el pasado desde la evidencia en el presente; a mi familia, compañeros de faena y los siempre solidarios excavadores en los proyectos, por tanta vivencia humanizada.

Durante años he escuchado historias sobre fortuitos hallazgos arqueológicos en la Ciudad Morena; historias, casi todas ellas, vinculando tuestos, vasijas y “caritas”, a veces huesos presuntamente humanos que luego degeneraban en tumbas y tesoros, sustentando –diacrónicamente– leyendas o cuentos fantásticos de fuerte arraigo popular: ollas con “pisto” en los patios de casonas y campos sembrados, figuritas de oro entre danzantes luces azules de medianoche, pueblos sumergidos bajo las aguas de las lagunas o los relatos evocadores del bandolero “Partideño”, ...“un tipo originalísimo de quien se refiere multitud de rasgos ingeniosísimos, y cuyos tesoros es fama dejó escondidos en una cueva, que cada pueblo de esta República (El Salvador) pretende poseer en sus dominios” (Barberena 1998: 138).

Vecinos de barrio, campesinos de las cercanías a la ciudad, familiares, amigos y ciudadanos santanecos con la más variada gama de oficios, dieron cuenta o me mostraron alguna vez –en aquellos años



Figura 1. Centro histórico de la Ciudad de Santa Ana, visto desde el puente.

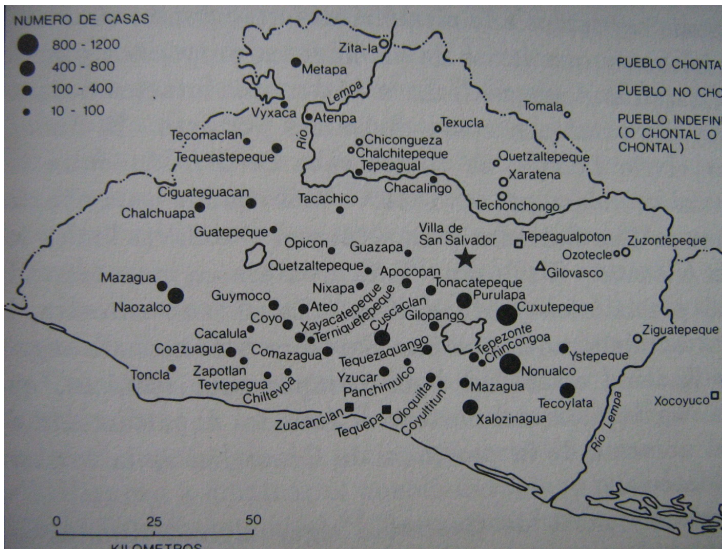


Figura 2. Ciguataguacán (Santa Ana) entre los pueblos mencionados en la Relación Marroquín, 1532 (Segmento de mapa presentado por Amaroli 1991: 49).

distantes- diversos fragmentos de objetos que ahora identifico como materiales preclásicos, particularmente las conocidas figurillas femeninas modeladas en terracota clara, con rasgos faciales punteados o a pastillaje y en aparente estado de gestación. No pretendo hablar aquí enfáticamente de esta clase de figurillas, ni de las historias como tales, pero me parece importante decir que de aquellos hallazgos fortuitos, la mayoría habrían correspondido con la ocupación formativa del valle de Ciguateguacán, antigua nominación nahuat (o eso es lo que creemos) del poblado que los conquistadores españoles encontraron en el lugar que hoy ocupa la ciudad de Santa Ana (Figura 2).

Ciguateguacán, con inicial “C” y “g” intercalada, es solamente una de varias escrituras que al nombre se ha dado a lo largo del período colonial, manifestación ésta que corresponde a la versión aparecida en la relación Marroquín, “una serie de testimonios tomados por el obispo licenciado Francisco Marroquín a los 57 encomenderos en la Villa de San Salvador” en 1532 (Amaroli 1991: 44). El documento fue encontrado en el Archivo General de Indias, Sevilla, España y paleografiado por el historiador guatemalteco Francis Gall (Loc.cit). Entre otras versiones del término, que algunos han traducido como “Lugar de Sacerdotizas”, también se tiene Cihuatehuacán, Ciguateocán, Ziguateocán o Sihuatehuacán. Des-

de la segunda mitad del siglo XVI, la administración colonial le llamó Santa Ana Grande, para luego evolucionar a Santa Ana, como hoy se le conoce (Barberena 1998, Barón Castro 1978, Cortés y Larraz 2000 –véase Figura 3-, García de Palacio 2000, Lardé y Larín 2000, Ministerio de Obras Públicas de El Salvador 1985, entre otras fuentes).

Esta ciudad, también cabecera municipal y departamental de unidades político-administrativas homónimas, se encuentra en la zona occidental de El Salvador, en un valle con declive hacia el norte que conforma apenas una parte del relativamente extenso paisaje que delinea el graben o fosa central del país, escenario de continua e intensa ocupación humana, sustentando grandes zonas arqueológicas prehispánicas y coloniales en los sectores de San Lorenzo, Chalchuapa y la cuenca media del Lempa. La ciudad descansa, en términos vulgares y orden descendente desde la superficie, sobre un lecho conformado por suelos arcillosos, cenizas volcánicas y roca madre. El subsuelo corresponde a la formación geológica San Salvador, constituida entre el Pleistoceno y el Cuaternario reciente u Holoceno (esto es, entre dos millones y cien mil años antes del presente); tiene un manto de tobas poco compactas y piroclásticos (pómez y basalto) que descansan sobre lavas andesíticas y basálticas fracturadas, con escorias y lapilli (PLAMDARH 1981, cit. pos. López

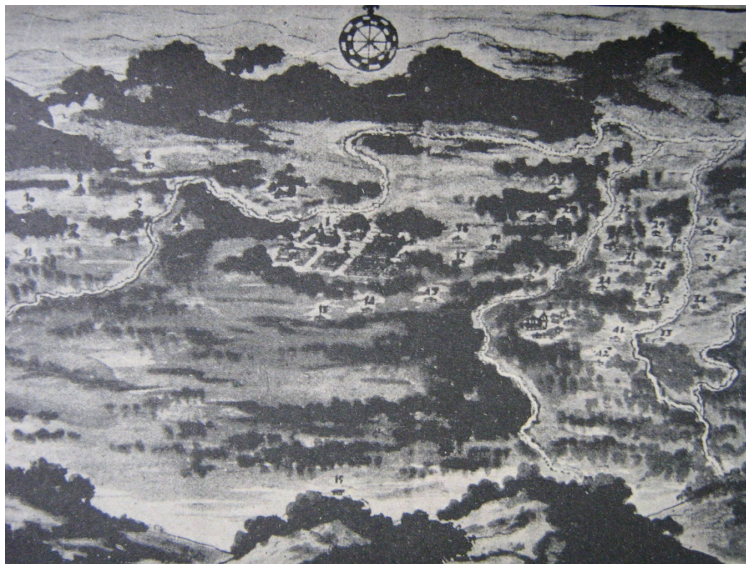


Figura 3. Mapa de Santa Ana, mostrado en la obra de Cortés y Larraz (2000) hacia finales del siglo XVIII.



Figura 4. Sector oeste del sitio Finca Rosita, Ciudad de Santa Ana. La estructura mayor está cubierta por árboles que sirvieron anteriormente como sombra para arbustos de café.

y Retana 2007). Hay sectores con gruesos estratos de tierra blanca o cenizas volcánicas relativamente jóvenes, procedentes de la caldera de Coatepeque; sus explosiones a gran escala, ocurridas probablemente hace más de 30,000 años y que darían origen al lago homónimo, depositarían la tefra que hoy puede observarse en casi cualquier parte de la zona. "Las coladas volcánicas, particularmente extensas alrededor de Santa Ana,...se desintegran en una textura granular fina para dar suelos margosos que cubren las laderas medianas y basales de la mayor parte del sistema volcánico;"...(Browning 1998: 51).

Viene al caso tal mención, debido a que casi todos los rasgos arqueológicos del Formativo registrados en la ciudad y sus alrededores, están asociados estratigráficamente a dicha tefra y a las capas arcillosas superyacentes. Estos estratos sustentaron las ocupaciones locales, soportando muchas de las estructuras arquitectónicas alguna vez identificadas y alojando decenas de botellones o depósitos subterráneos, elementos de uso generalizado por muchos grupos mesoamericanos durante el período Preclásico, quizá como basuros y espacios funerarios.

Los registros prehispánicos en el valle de Ciguataguacán han permanecido, durante mucho tiempo, a la sombra de lo que Chalchuapa ofrece como zona arqueológica, debido a la monumentalidad de su

arquitectura y la complejidad de la sociedad que allí habitó durante el Preclásico: Boggs puso a la vista del público las estructuras restauradas de Tazumal en los años de 1940 y 1950; Sharer y colaboradores realizaron uno de los más importantes trabajos sistemáticos en Chalchuapa durante los años de 1960 y 1970 y Fowler Jr. excavó en El Trapiche pocos años después (Cobos 1998, Fowler Jr. 1995, Sheets 1984, entre otras síntesis). Arqueólogos japoneses continúan, desde 1995, con otros proyectos en la zona, mientras la Dirección Nacional de Patrimonio Cultural sostiene intervenciones diversas allí desde hace muchos años, con el apoyo de técnicos conservacionistas (muchos de ellos originarios de la localidad) y una nueva generación de arqueólogos nacionales, integrados a la institución o como consultores especializados. Chalchuapa es un referente para El Salvador y Mesoamérica en cuanto a cultura prehispánica y colonial.

Un factor determinante en el desconocimiento generalizado de los centros preclásicos en los alrededores de la ciudad de Santa Ana, es el hecho de que grandes fincas de café se mantuvieron relativamente inalteradas hasta finales de los años sesenta y setenta del siglo XX, albergando sectores con importante evidencia arquitectónica ceremonial y doméstica del Formativo (Figura 4). Estas condiciones, lastimosamente para la

arqueología y la conservación del medio local, habrían de cambiar en poco tiempo desde entonces, pues el país experimentaría un fuerte crecimiento de los contextos urbanos y se vería social y políticamente convulsionado en las décadas siguientes.

Hacia finales de la década del setenta, miembros del Departamento de Arqueología del Museo Nacional "David J. Guzmán" acotaban, en una sección del Atlas de El Salvador, que "durante los últimos quince años (es decir, en la década de los años sesenta y setenta del siglo anterior), se ha recopilado más información sobre el Preclásico que toda su historia previa, debido, casi enteramente, a descubrimientos al azar producidos por el aumento de actividades agrícolas y de construcciones...; (así como por) la expansión metropolitana de San Salvador y Santa Ana; y las recientes extensiones de la red de carreteras nacionales" (Ministerio de Obras Públicas 1979).

Es oportuno considerar que las observaciones de aquellos arqueólogos, para entonces, correspondían con las consecuencias –a largo plazo– de las transformaciones que el país experimentó en la década del cincuenta, cuando los altos precios del café, el azúcar y el algodón en el mercado internacional, así como la consiguiente inversión en carreteras y otras obras de infraestructura para procesar o movilizar aquellos productos, cam-

biaron la fisonomía del territorio nacional, tanto en lo rural como en lo urbano. Además, con la dinámica que implicó su posterior participación en el Mercado Común Centroamericano, el Estado salvadoreño generó proyectos de inversión para la agricultura, el comercio y la industria de exportación en la década del sesenta.

Es preciso recordar, sin embargo, que con el continuo vaivén de precios en los productos de monocultivo en los años venideros (que no permitía emplear tanta mano de obra en el campo como antes), el conflicto con Honduras en los albores de los años setenta, así como la sostenida motivación gubernamental para invertir en industria alrededor de las ciudades mayores, muchas personas migraron hacia los centros urbanos en busca de mejores condiciones de vida, presionando a las entidades gubernamentales para construir colonias en la periferia urbana o invadiendo terrenos cercanos a los barrancos. En un clima de creciente insatisfacción social y efervescencia política, fueron construidas presas hidroeléctricas, se incrementó la infraestructura portuaria y marítima, crecieron las colonias residenciales populares y los edificios multifamiliares, así como carreteras y autopistas para unir la zona metropolitana de San Salvador con otros puntos de desarrollo en el país (véase figura 5).

Para el caso que nos in-

teresa, fueron precisamente las construcciones de colonias como El Palmar, San Luis, IVU, España, Lamatepec y El Molino, entre otras, así como el crecimiento de la aldea San Antonio y los trabajos de la autopista Santa Ana-San Salvador, los proyectos cuya ejecución pondrían en evidencia la extensa presencia de restos preclásicos en la ciudad de Santa Ana y sus alrededores; aunque no habrían generado suficiente interés o no hubo capacidad institucional en aquel entonces para materializar la posibilidad de estudiar sistemáticamente la zona, con el agravante de no disponer todavía de una ley especializada para ello. No fue sino hasta en el período

del conflicto armado interno, en la década de los ochenta, cuando la mayoría de reportes de destrucción o registros oficiales de estos sitios abundarían, con anotaciones sobre intenso saqueo en estructuras monumentales, antes desconocidas por la arqueología oficial.

El fenómeno puede interpretarse en términos de coyuntura, con muchos depredadores aprovechando el caos social e institucional imperante y el consecuente abandono relativo de las haciendas y las fincas de café. Estas propiedades, antes muy productivas, degeneraron en tierras de bajo perfil laboral, pues pronto serían fragmentadas para evitar la intervención estatal



Figura 5. Autopista Santa Ana-San Salvador y centro comercial en los alrededores de los sitios Finca Rosita, Arizona y San José, antes fincas cafetaleras al sur de la ciudad de Santa Ana.

por las políticas de reforma agraria o el asedio popular por los espacios y los recursos de supervivencia en la periferia urbana santaneca (leña, madera, fruta de estación, piedra para construir, agua para uso doméstico, etc.). Las lotificaciones – autorizadas o ilegales– abundaron desde entonces a la fecha y, con ello, los problemas para proteger y conservar los sitios arqueológicos, rescatando –en ciertas ocasiones– solamente algunas estructuras mayores; la mayoría de ellas, que sepamos, erigidas durante el Preclásico.

En este escenario, se ha sabido de tres sitios con construcciones masivas: San Antonio, Carcagua y Finca Rosita (sectores suroeste, noreste y sur de la ciudad, respectivamente); aunque algunos otros como Cantarrana (al suroeste), Arizona, Santa Teresita y Sinaí (al sur) han mostrado evidencia de actividad doméstica entre los cafetales que todavía sobreviven, pudiendo ser –en poco tiempo– intensamente abordados como objetos de rescate, debido a la inminente construcción de nuevas colonias sobre el sector. El área de las actuales urbanizaciones Loma Linda, San Miguelito, Jardín, El Trébol, Minerva y Altos del Palmar, entre otras, habrían estado fuertemente vinculadas a las áreas de sostén de las antiguas comunidades de Preclásico o Formativo hacia la parte meridional de Santa Ana.

Después de los Acuerdos

de Paz en 1992, prácticamente todos los arqueólogos en actividad dentro del país hemos intervenido una o más veces en la zona, debido al constante crecimiento de la ciudad y las consecuentes acciones de rescate y salvamento. Algunos profesionales han desarrollado recientes investigaciones con los rasgos y los materiales arqueológicos de estos sitios, sumando elementos a la cada vez mejor conocida secuencia ocupacional durante el Preclásico, proponiendo un lapso de 800 años para esta comunidad, entre algún momento de la segunda mitad del Preclásico Medio (600 a 400 antes de Cristo) y finales del Formativo Tardío (400 antes de Cristo a 200/250 después de Cristo), correspondientes a las fases regionales Kal, Chul y Caynac, presentadas por Sharer y colaboradores a partir de sus trabajos en Chalchuapa (Sharer 1978). Otros colegas (v.g. Miriam Méndez, comunicación personal), quienes han revisado algunos lotes cerámicos de Finca Rosita, me planteaban hace algún tiempo sus sospechas sobre la presencia de materiales cerámicos más tempranos (es decir, más antiguos), que bien podrían incluirse en los correspondientes a la fase Colos (900 a 650 antes de Cristo).

Erquicia (2000) ha documentado, basándose en el trabajo suyo y en el de otros colegas en el sector, decenas de botellones en los sectores de Sinaí, San José, San Miguelito, Arizona, Aldea San An-

tonio y Carcagua. En este último, Valdivieso reportó más de veinte de ellos (Figura 6). Gallardo efectuó amplios sondeos al sur del sitio Arizona y San José, proporcionando datos sobre la extensión del área doméstica asociada a Finca Rosita (Figura 7). Luis Martos, arqueólogo mexicano que colaboró con nosotros en 1998, ha hecho el comentario acerca de la similitud del centro monumental de este sitio con otros del área olmeca (por cierto, existen algunos objetos con rasgos de este estilo en colecciones privadas de la zona), mientras otros profesionales comentan sobre el parecido de algunas estructuras grandes de Santa Ana con la E-3-1 de Trapiche en Chalchuapa.

A pesar de mi limitada experiencia en el sector, me parece que hay suficientes elementos o evidencias para motivar nuevos trabajos que propongan la existencia de un cacicazgo satélite a Chalchuapa o de un estado temprano paralelo a éste en la zona de la actual ciudad de Santa Ana. Las referencias de los viejos registros nos sugieren sitios con varios montículos entre uno y quince metros de altura, y hasta sesenta metros de diámetro, algunos formando plazuelas. La cerámica es básicamente la misma que la observada en Chalchuapa; las figurillas de terracota (Figura 8) tienen atributos similares a los documentados por Dahlin (1978) en aquella zona, correspondientes a los complejos Xiquin y Tat; y la considera-

ble cantidad de depósitos subterráneos, revelan –en conjunto– una vida intensa en la zona durante el Preclásico.

Será difícil comparar elementos arquitectónicos y analizar la distribución espacial de la evidencia existente sobre el Formativo o Preclásico en Santa Ana y sus alrededores, pues no conocemos muy bien las dimensiones originales de los sitios. Los registros siguen siendo escasos todavía como para percibir que la tarea sea sencilla. En ese afán de reconstruir la historia de las antiguas sociedades que habitaron el lugar donde la ciudad está asentada, podríamos experimentar muchas decepciones, principalmente por las sorpresas que el conocimiento de los fenómenos de transformación espacial del paisaje a lo largo de los últimos cinco siglos pueda darnos. El reto, sin embargo, es interesante; sobre todo el de proteger lo poco que queda para obtener más información acerca de dichos sitios.

El papel que las autoridades municipales juegan en esta dinámica es importantísimo: no se debiera otorgar licencias de construcción o alteraciones amplias del subsuelo en la periferia de la ciudad (colonias, fábricas, parqueos, centros comerciales, etc.), sino hasta que los peritos del Estado en el rubro de patrimonio cultural manifiesten su opinión técnica favorable para ello. Algunas experiencias han sido satisfactorias en años an-



Figura 6. Depósitos subterráneos en un sector de Carcagua, al noreste de Santa Ana. Un proyecto de rescate en el lugar permitió localizar y registrar algunos más a finales de los años noventa (Valdivieso 1999).

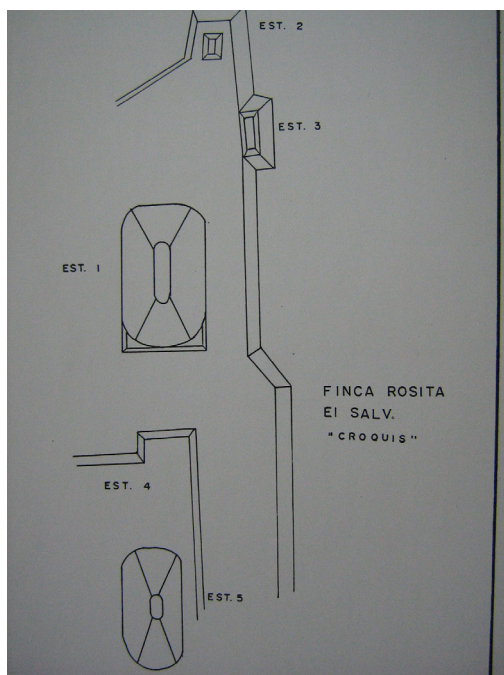


Figura 7. Croquis del sector monumental de Finca Rosita. La Estructura 1 alcanza los 13 m. de altura y más de 50 m. de largo (Martos 1998).

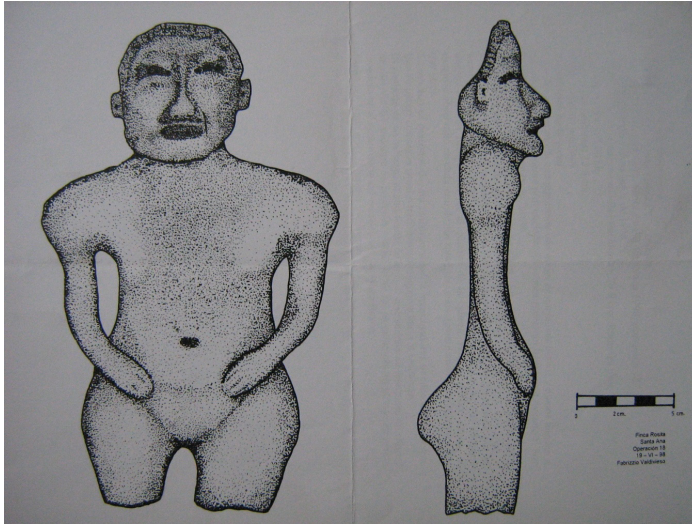


Figura 8. Figurilla de terracota encontrada durante un salvamento arqueológico en Finca Rosita, 1998 (Dibujo de Fabricio Valdivieso).

teriores, pues ciertos espacios con evidencia prehispánica medianamente conservados en la zona, alcanzaron ese estatus por la acción de la alcaldía local, coordinada con el Consejo Nacional para la Cultura y el Arte (CONCULTURA) y la actual Secretaría de Cultura del país, operaciones respaldadas por la –ahora sí– vigente Ley Especial de Protección al Patrimonio Cultural de El Salvador y su Reglamento, con decretos de 1993 y 1996. Hubo que superar dificultades legales, debido a las comprensibles razones de propietarios de terrenos y ejecutores de proyectos de infraestructura; pero los esfuerzos han valido la pena. En ciertos casos ha habido colaboración de muchas maneras por parte de todos ellos, por lo que

es oportuno agradecerles también esos gestos incidentes.

Debemos buscar en archivos diversos, que nos den luces sobre la presencia de estos grupos monumentales dentro de las propiedades santanecas a lo largo del tiempo; hacer, incluso, “encuestas arqueológicas” a varias generaciones de habitantes santanecos, con la esperanza de que los relatos populares nos lleven a más puntos de encuentro con las evidencias prehispánicas del Preclásico en el valle de Ciguateguacán, o para que nos amplíen información existente de los sitios ya registrados. En ese sentido, intentaremos hacer prontas gestiones para iniciar un proyecto de revisión documental y/o bibliográfica sobre el uso de la tierra en la

zona, involucrando estudiantes en varias carreras de ciencias sociales. Las expectativas son muchas.

lección Antropología e Historia No. 21. Patronato ProConsejo Nacional para la Cultura y el Arte, Dirección General de Publicaciones e Impresos.

Bibliografía

Amaroli, Paul

1991 «Linderos y Geografía Económica de Cuscatlán, Provincia Pipil del Territorio de El Salvador». En *Mesoamérica* 21, Año 12, Mes de Junio, Págs. 41-70. CIRMA, Antigua Guatemala.

Barberena, Santiago Ignacio

1998 *Monografías Departamentales*. Academia Salvadoreña de la Historia, DPI, San Salvador, El Salvador.

Barón Castro, Rodolfo

1978 *La Población de El Salvador*. 2ª. Ed., UCA. Editores, San Salvador, El Salvador.

Browning, David

1998 *El Salvador, La Tierra y El Hombre*. Cuarta Edición, Dirección de Publicaciones e Impresos, CONCULTURA, San Salvador.

Cobos, Rafael

1998 *Síntesis de la Arqueología de El Salvador (1850-1991)*. Co-

Cortés y Larraz, Pedro

1958 *Descripción geográfico-moral de la diócesis de Goathemala* (Con notas de Don Adrián Recinos). Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, Guatemala.

Dahlin, Bruce

1978 «Figurines». En *The Prehistory of Chalchuapa, El Salvador*, vol.2, págs.134-211. R. Sharer ed., University of Pennsylvania Press, Philadelphia.

Erquicia Cruz, José Heriberto

2000 "Los depósitos subterráneos del período Preclásico en El Salvador". Tesis de Licenciatura en Arqueología, UTEC, San Salvador.

Fowler Jr, William

1995 *El Salvador. Antiguas Civilizaciones*. Banco Agrícola Comercial de El Salvador, San Salvador.

García de Palacio, Diego

2000 Carta Relación del Oidor Diego García de Palacio. En

- Cartas de Relación y otros documentos*, págs. 35-55. CONCULTURA, DPI, San Salvador, El Salvador.
- Lardé y Larín, Jorge
2000 *El Salvador: historia de sus pueblos, villas y ciudades*. DPI, CONCULTURA, San Salvador, El Salvador.
- López Araujo, Diego Rodrigo y José R. Retana Peña
2007 "Reconocimiento hidrogeológico de la zona norte del departamento de Santa Ana y área aledaña del departamento de Chalatenango". Trabajo de graduación para optar al grado de Ingeniero Civil, UCA, San Salvador.
- Martos, Luis Alberto
1998 Informe de los trabajos arqueológicos realizados en Finca Rosita, Santa Ana, El Salvador. Inédito, CONCULTURA, San Salvador.
- Ministerio de Obras Públicas de El Salvador
1985 *Diccionario Geográfico de El Salvador*. Instituto Geográfico Nacional "Ingeniero Pablo Arnoldo Guzmán", San Salvador.
1979 *Atlas de El Salvador*. Instituto Geográfico Nacional "Ing. Pablo Arnoldo Guzmán" 3ª.
- Ed. San Salvador.
- Sharer, Robert
1978 **The Prehistory of Chalchuapa, El Salvador**. 3 vol., University of Pennsylvania Press, Philadelphia, USA.
- Sheets, Payson
1984 "The Prehistory of El Salvador: An Interpretative Summary". En *The Archaeology of Lower Central América*, F. Lange y D. Stone editores, págs. 275-294. University of New México Press, Albuquerque.
- Valdivieso, Fabricio
1999 Sitio arqueológico Carcagua. Informe inmediato de actividades. Rescate arqueológico en Proyecto Terminal de Buses de Santa Ana. CONCULTURA, San Salvador.